

ESCUELA DE PADRES, FAMILIAS Y PROFESORES

**¿CÓMO ESTAR HOY DELANTE DE NUESTROS
HIJOS PARA ACOMPAÑARLOS?**

Encuentro con la psicóloga clínica
Anna Marazza

2022-23/2

¿Cómo estar hoy delante de nuestros hijos para acompañarlos?

Anna Marazza:

Buenas noches, estoy acostumbrada a hablar de pie, no por ningún motivo extraño sino porque lo que llevo en el corazón es poder hablaros... a vosotros.

La intención no es que yo os enseñe algo, sino que intentaré hacer algunas observaciones, explicaros ciertas cosas, y así poner ante usted algunas preguntas.

Si me lo permite empezaré por el final: ¿cómo acaba la relación (difícil) entre padres e hijos? Que es difícil ya lo sabemos, si no piensa vosotros, como hijos, cómo era la relación con sus padres. Y piense cómo sois vosotros, como padres, ante las preguntas de sus hijos.

Sois un público bastante joven, y seguramente todas las cuestiones referentes a los hijos todavía no se han planteado todavía, porque son pequeños. Pero lo que es indispensable en todo ese camino, en esa relación entre vosotros, es el perdón.

Dicho esto de entrada, a mí ya me ayuda a poder respirar porque hoy muchos padres, muchos más que antes, quisieran ser perfectos. Qué maravilla, yo soy perfecto y ahora te educaré a ti (hijo) de una forma perfecta. Si fuera necesario ser perfectos para poder educar a los hijos, ninguno de nosotros sería capaz.

¿Pensáis a veces que no sois perfectos? ¿A alguien le cuesta acordarse? A mí también me ocurre algunas veces. A veces pienso: no lo hago tan mal, tengo buenas intenciones, lo intento... Sé cómo soy. En cambio, saber que mis hijos tendrán que perdonar mi límite es el mejor punto de partida (por eso he dicho que quería empezar para el final). ¿O es que nuestros hijos son perfectos o serán perfectos gracias a nosotros y por nuestro mérito? ¿Gracias a nosotros o a nuestras magníficas ideas, como por ejemplo enviarlos a la mejor escuela? Ahora piensa que es broma, pero el mundo está lleno de personas imperfectas que querrían hijos perfectos. Yo no lo he logrado.

Por tanto, la cuestión es: ¿qué es lo que hace que yo diga que sí a esta relación -educar a este niño- que nunca acabará siendo perfecto? ¿Una inconsciencia, un orgullo o una humildad? Debe elegir una de estas tres, porque otras alternativas no las veo.

Por otro lado, partir de la conciencia de que no soy perfecto pero sí estoy dentro de este camino (educándome), de esa compañía que me permite hacer este recorrido (familia, escuela, etc), esto nos permite hablar de los nuestros hijos y de nuestra relación con ellos con un suspiro y algo de caridad hacia nosotros mismos.

Sabemos, creo, que por todas las cosas sucedidas en estos últimos años, se nos plantean muchas preguntas. Por lo tanto, nosotros, siendo como somos, de la manera que somos, nos encontramos ante niños llenos de preguntas, a los que amamos, a los que estamos llamados a ofrecer toda la vida. Es un examen que queremos aprobar, en el que queremos hacer algo bueno. Todos queremos hacer cosas buenas por nuestros hijos. Desde que son pequeños empezamos a darles cosas buenas a nuestros hijos: la mejor comida, la mejor casa, los mejores amigos... Pero a menudo nos olvidamos de quién es ese hijo. A menudo nos olvidamos que no es nuestro. ¿No es nuestro? Hoy, que los hijos son programados, pensados, a menudo planificados, etc. Siempre pienso en esos padres que siempre piensan en tener un hijo que les pertenece. Tuve una madre soltera que a sus 48 años decidió que quería tener un hijo. Entonces tuvo relaciones con muchos hombres, como en quince días, más o menos, porque no quería saber quién sería mi padre. Y de esta manera esta madre podía decir "lo he hecho yo, lo he elegido yo y el hijo sólo es mío". Ahora bien: que levante la mano a la que le gustaría ser el hijo de esta señora.

Pues nosotros estamos delante de hijos que no son nuestros. Un hijo siempre es un don, siempre es una sorpresa, algo distinto a mí mismo. No es que necesitamos una fe en concreto o un significado extraño para darnos cuenta de que el hijo no es nuestro, basta con mirarle a la cara cuando tiene tres días para ver que no funciona tal y como quiero. Y yo me doy cuenta mucho, sobre todo en estos últimos tiempos, que a las madres jóvenes les cuesta muchísimo acoger a estos niños. Y además han deseado muchísimo a este niño, y lo han planificado súper bien, después de hacer los estudios de especialidad y antes de sacarme el carnet... está súper pensado y planificado. Y en realidad sigue siendo otro que es dado para que me suceda algo a mí. Esto es importante.

Cuando yo hablo con los niños hoy en día, incluso con mi nieto que tiene unos meses, siempre digo: felicidades, estás haciendo muy buen trabajo: te despiertas por la noche para que tus padres estén alerta, etc. Imagínese cuando hablo con los niños un poco mayores o adolescentes. ¿Pero tú eres consciente de la posibilidad de que eres por tus padres? ¿Te das cuenta de que hacen un trabajo a través de ti que no harían con nadie más? ¿Quién más que sus hijos le dan trabajo? Y mirar la educación de esta manera, es decir, como el lugar en el que nos ayudamos a mirar la vida a medida que vamos creciendo, es la única posibilidad para que se convierta en un lugar educativo.

Lo que quiero decir, es que la educación no es algo que un adulto ejerce sobre uno más pequeño, sino que es una relación. Es como lo que decíamos antes, es una relación donde te pones a su lado para decirle: mírame, anda a mi lado, anda conmigo. Pero sabemos que él es otro, él es distinto a ti y tiene su recorrido, que no es el tuyo.

Me doy cuenta a menudo de que lo que hago en mi trabajo es ayudar a la persona a poner la mirada sobre sí misma y no sobre los demás (siempre tendemos a mirar a juzgar a los demás). Un caso que me sorprendió era el de dos personas que me llegaron al despacho, con un montón de apuntes, muy cansados, muy preocupados, y empiezan a decirme todo lo que no va bien de su hijo. Entonces, yo les pregunto: "pero tú, ¿cómo estás?" Y entonces saltan y te dicen: "sí, bueno, pero esto ahora no es importante". Quiero decir, con este ejemplo, que la tarea educativa no es un problema que tiene el niño y debe resolver, porque si así fuera nadie de nosotros educaría a nadie. De hecho, hay muchos padres y madres que están renunciando a la labor educativa, y también cada vez se tienen menos hijos y los padres no tienen ganas de implicarse en la educación a fondo, aunque existen excepciones.

¿Quién se implica hasta el final? ¿Quién lo haría? Quien levantaría la mano y diría "¡Yo quiero quiero ponerme, yo quiero acompañar a este niño!"

Ahora voy a decir algo que quizás te parece que está muy fuera de tono, que no está de moda. ¿Por qué nace un niño de dos personas y no de una? ¡Porque el método de educación es una relación! Nadie puede educar a sí mismo. O intento reproducirme a mí mismo, es decir, hacer al otro en mi imagen, según mi proyecto, hacerme a mí en pequeño, o bien dentro de la relación con alguien dejo que ese niño vea, mire, aprenda qué es lo que me sucede a mí y al otro juntos, cómo vivimos, y que él aprenda así, dentro de esa relación.

¿Cuál es el trabajo enorme que tiene lugar entre ambos? El hombre por definición necesita una casa, pero no sólo una casa con un techo, una casa física. Si no que para crecer necesita un lugar relacional en el que habitar o, mejor dicho, necesita habitar dentro de una relación. ¿Sabes lo que es habitar en una relación? Es algo precioso. Es estar junto a alguien donde yo puedo estar y puedo estar. Con tu fragilidad, con tus enredos, con tu deseo... Esta es la mayor necesidad de cualquier hombre. Esto es lo que necesitan los niños cuando nacen, los adultos cuando crecen o puede ser cuando se sienten solos, los viejos... Esto es lo que anhelamos durante toda la vida. Vivir dentro de otro. Éste es el punto de partida de la familia, del trabajo de la familia y de la educación. En ese lugar está, y debe estar, el límite de todo.

Y aquí la cosa se complica, porque a menudo entiendo que se incluya mi fragilidad, mi dificultad, pero me cuesta más aceptar que también tenga que estar el límite y las dificultades y fatigas del otro; esto ya no me gusta tanto. Y que aquí dentro también tengan que estar las dificultades del niño, todas las cosas que no sabe hacer..., no es obvio. La educación, por tanto, es una relación y el éxito siempre es muy incierto y sólo acaba cuando todos somos capaces de perdonar el límite del otro y de perdonar el mío.

El camino está ahí, pero no es el camino de la perfección. No es el camino de decir “mira lo guapo que se ha convertido en mi marido, mi mujer, mis hijos, que fantásticos que son”. No. Educar es reconocer la realidad, que el otro es diferente a mí, que ya es un trabajo difícil entre dos y aún es más difícil con el hijo, porque el hijo es otro diferente a mí y no debe ser como yo, ha ser él mismo.

Stefano:

Escuchando a Anna me ha venido a la cabeza un chico que es paciente mío llamado P., que tiene unos padres que quieren la perfección. No les basta un hijo como ellos, quieren un hijo mejor que ellos. Y por tener un hijo mejor que ellos, pues le proponen todas las cosas posibles. Y su escándalo ha sido cuando después de proponerle a su hijo todo (el esquí, la pesca, aprender español, alemán... todo), después, el niño, pues para agradecerlo, lo ha suspendido todo, aunque que es un niño muy inteligente. Entonces mamá me lo lleva y me dice: “Arréglalo”. Yo, medio en broma, le digo "No te lo puedo ajustar", "no es eso lo que hace falta". Y mi madre me dice: “Vale, entonces digamos en qué me he equivocado”. O sea, que la dificultad está en que yo no consigo que el hijo sea mejor, que no consigo esa perfección, por tanto... ¿qué hago? Mi éxito como adulto no depende de conseguir cosas de mi hijo o de cómo deba ser mi hijo.

Anna:

¿Qué hacemos ahora? Porque muchísimos psicólogos dirían “Vale, vale señora, muy bien, me lleva el niño aquí dos veces por semana, a 100 euros cada vez y, bueno, ya te lo ajustaremos un poco”. No necesitan respuestas perfectas, recetas, no necesitan ser ajustados, arreglados. Y quizás aquella madre no se equivocó más de lo que he podido equivocar yo, tú u otro, educando a los hijos. Sólo tenía miedo de estar dentro de esa relación y de ponerse ella delante, en primera persona, delante de éste

Mariana:

Os cuento un ejemplo de esto que está diciendo ahora Anna sobre eliminar la identidad del propio hijo, del riesgo de eliminarla. Una paciente de 21 años, la tercera de tres hermanos. Vive en una relación de unos padres que en realidad es una relación bastante ficticia, falsa. Llena de tantas cosas, de tantas actividades, de tantas propuestas como decíamos antes, pero que en el fondo no existe una relación verdadera entre ellos. Y por tanto la consecuencia es que no han tenido una relación real con los hijos. Y, como hemos dicho antes, hay hijos que son algo “profetas”, que significa que actúan y traen a su propia piel el sufrimiento del malestar que se vive en la propia familia. Así, se puede llegar incluso al riesgo de tener que estar ingresado en un hospital por intento de suicidio, ya que por ser “tu hijo” no puedo ser yo mismo o yo misma, como fue el caso de esta chica. Porque ser yo mismo provocaría demasiado dolor al padre o a la madre, o a los dos. Por tanto, la chica llegó a escribir una carta donde ponía que ella había

sufrido esta dificultad de la relación entre el padre y la madre, de muchas mentiras, de cosas que se habían dicho que no eran verdad... Pero ante eso, de esa carta, los padres aún decían que todo lo que decía ella en la carta no era verdad, que estaba loca, que se lo había inventado. Y, sin embargo, ellos no estaban en esa relación, vivían una relación muy distante entre ellos, disimulada. Hasta que al final, la niña, estando ingresada, hizo que los padres tuvieran que ir a encontrar a Mariana (la psicóloga). Fueron a hablar con ella, súper enojados, por “culpa” de esa hija que tenía tantos problemas, que estaba tan mal y que necesitaba ayuda. Y empezamos a leer la carta juntos, y poco a poco a empezar a reconocer que en realidad sí había algunas verdades en la carta. Así se inició otro camino, y poco a poco las cosas fueron solucionadas. Es un ejemplo de hasta qué punto de drama pueden llegar las situaciones, para obligar a los padres a estar presentes de nuevo en la relación educativa con los hijos.

Anna:

Por tanto, hoy en día estamos ante una grandísima fragilidad de los padres y madres. Todos tenemos un poco de miedo a la hora de hacer de padres, porque pone en evidencia quién soy yo, cómo hago las cosas, cómo estoy delante de las cosas que me suceden. Un ejemplo también muy tonto es esa madre que no va a la puerta de la escuela porque su hijo es el típico que hace tonterías, que se pone en evidencia delante de todos, y el padre que llega súper tarde y muy cansado de todas las cosas que le han ido ocurriendo durante todo el día, y dice que no tiene ganas de oír las tonterías y las rabieta del niño. En realidad, lo que están haciendo ambos con su posición es echarse atrás de ese trabajo que el hijo les está reclamando.

Un amigo me decía que los hijos son la última posibilidad que tienen los adultos para hacerse mayores, para hacerse hombres y mujeres de verdad.

Yo tengo cinco hijos, y les aseguro que a medida que van creciendo una también se va cansando, porque hay épocas en las que te ves capaz, otras en las que te ves incapaz, en que te cuesta muchísimo. También me doy cuenta de que se te cuele el pensamiento de decir “la próxima vez sólo tener uno, ¿eh?”. Pero llega un momento, normalmente cuando eres ya mayor, en el que te das cuenta de una enorme gratitud, una gratitud contigo mismo, pero que has ido viendo gracias a la relación con los hijos. Y cuando llega el momento en el que un padre puede decirle a un hijo "gracias, porque para mí has sido una ocasión enorme (de crecimiento personal y maduración)". Entonces, cuando sucede esto, el hijo puede ser te puede responder con la misma gratitud: “gracias a ti, porque con todo lo que has hecho por mí, con todo lo que has permitido, me has hecho poder ser yo mismo, y ser como soy”. Esto llega en edades algo más adultas, cuando el hijo ya es mayor.

Ésta sólo era la introducción... Ahora es el momento de reaccionar vosotros, ya que hemos dicho que no venía a dar recetas, que no hay respuestas ni preguntas perfectas.

Intervenciones:

Padre de familia:

Una de las cosas que percibo más con muchísima dificultad -debido a la relación difícil que yo he tenido como mi padre toda la vida-, es lo del niño bueno que sea lo que el padre dice. Yo no he sido el niño bueno que sea lo que el padre dice, yo he sido un cabrón y he hecho lo que me ha dado la gana. Con lo cual, como mi padre he tenido una relación muy difícil. Y ahora, me doy cuenta de que yo reacciono con mis hijas al igual que reaccionaba mi padre conmigo. Sobre todo con la mayor, que es muy buena y no se parece en nada a mí, y además por cualquier tontería.

Anna:

Es por eso por lo que tienes que perdonar a tu padre.

Porque en el fondo, ¿qué es lo que tenemos que perdonar? En el fondo, no tengo que perdonar cómo son mis hijos, sino como soy yo. Mi límite.

Stefano:

Quiero contar algo que me ha pasado a mí, un ejemplo. Hace poco me trasladé, cambié de casa. Era un lunes. A las 7 de la mañana, mi mujer se levanta y se va tres días a Roma. A las 7:05 h. llega la compañía para realizar el traslado de casa y yo y mis hijos todos en pijama. Y se puede imaginar con qué alegría acogí a los de la empresa del traslado, pero lo resolví lo llevando a los niños a la escuela y después llevando las cajas. Pero por la tarde, fui a la escuela a recoger a la niña, la mayor, de ocho años, y veo que en su pierna se había dibujado con un boli un corazón y su nombre. Imagínense que “contento” estaba, con toda la casa llena de cajas, y entonces veo ese pantalón tachado con el boli. Además, el pantalón estaba sucio y tenía que limpiarlo, y esa fue la gota que llenó el vaso. Me enfadé muchísimo porque tenía muchísimas cosas que hacer y lo último que quería era tener que hacer caso a la niña. Entonces le conté a mi amiga Mariana y ella me dijo: “Dado que ella estaba contenta y quería dejar un signo de esto, dibujando en los pantalones un corazón. Yo había actuado como un padre que lo hace bien, que respete las reglas, las normas. Y en realidad, a lo que estaba llamado era a poder mirar a aquella niña, mi hija, que estaba contenta y feliz porque cambiábamos de casa. Pero el punto es que yo tenía que perdonar mi reacción, es decir, debía perdonarme a mí mismo porque en realidad lo que tenía ante mí era una hija que quería celebrar conmigo, que estaba contenta y quería celebrarlo conmigo y yo, en cambio, no me di cuenta de esto pendiente de “mis problemas”.

Parece que sea muy fácil, pero en realidad significa lo que estamos diciendo, mirar al otro, mirarse a uno mismo y perdonar.

Padre de familia:

A veces, cuando me enfado, veo que hay dos posibles razones. Una es un enojo sin pensar, con prisa, un enojo cualquiera... Pero otras veces, me enfado con calma, estoy seguro de lo que estoy haciendo y creo que hago bien. Enfadarse es señal de que los hijos han hecho algo mal. Pero, ¿cómo sabes si te estás enfadando de forma justa?

Mariana:

No se puede saber antes. Es algo como lo que decíamos antes, en el encuentro que hemos hecho con los maestros. Hemos hablado de la tristeza, del miedo y de las emociones, como los instrumentos que nosotros (también los niños) tenemos para relacionarnos, para entender las cosas que están a nuestro alrededor, y relacionarnos ante lo que pasa. No siempre afloran de la mejor forma, pero son el primer instrumento que nosotros tenemos para relacionarnos con los demás, para mostrar cómo estamos, lo que nos pasa, alegría o disgusto. Pero puede que la cuestión no sea ésta, sino ¿qué es lo que los niños miran? Los niños no miran sólo qué es lo que yo digo, si me enfado y si es el momento adecuado cuando me enfado, no miran esto. Los hijos miran cómo estoy ante las cosas, cuando me enfado qué es lo que hago, cómo me relaciono con el otro, si lo explico, si no lo explico, si le digo, cómo lo resuelvo... La manera en que estoy delante de ese enfado, esto es el tema. Otra vez miran la relación, la relación de mí conmigo mismo, mi relación con los demás y la relación entre los adultos de la familia. Por tanto, la importancia no está en si me he enojado, si el momento en el que me he enojado era correcto o no era correcto. No está aquí lo importante. Lo importante es qué hago con ese enfado, con esa persona. No existe un enfadarse perfecto.

Y esto es lo que da la posibilidad a los niños de aprender qué hacer con su propia rabia, con su miedo, con su tristeza. Cuando se enoje, y se enfade en un momento que no toca, pensará “¿Qué hace mi padre cuando se enoja en un momento que no toca? ¿Hace esto, hace lo otro? ¿Qué puedo hacer yo?”.

Por ejemplo, puede que el padre se limite a echar la culpa a la madre. Los niños miran esa relación como un método para aprender.

Madre de familia:

Yo soy maestra, he hecho en las últimas semanas varias tutorías y evidentemente era constante el sufrimiento de los padres, sobre todo porque no quieren que sus hijos sufran. ¿Cuál es el punto de partida para empezar con estas familias? ¿Cuál es el punto para trabajar en los casos de sobreprotección? Yo soy madre de seis hijos y una de las preocupaciones que tenemos los padres son las relaciones entre los hijos, entre hermanos. ¿Cuál es el papel de los padres en ese punto? ¿Cuál debería ser según su experiencia?

Anna:

El trabajo entre la familia y la escuela es un trabajo muy importante. Si los niños se dan cuenta de que los padres no se fían de la escuela, se sienten en peligro, como si estuvieran con alguien de quien la madre y el padre no se fían. ¡Como cuando los envía con la suegra después de haber hablado mal de ella delante de ellos!. No se sienten a gusto. La escuela es un lugar que mira a sus hijos desde un punto de vista diferente de cómo mira a sus hijos vosotros. Y, por tanto, tener la humildad de pedir al profesor “escucha, ¿tú qué es lo que ves de mi hijo? No sólo de mi hijo, sino también de mí. ¿Cómo me ves? ¿Qué es lo que ves?”. Es decir, que esa relación entre escuela y familia debe ser una relación de ayuda. Hay muchos niños que viven la escuela como un lugar donde descubrir cosas de sí mismo. Y esto es bueno, no tenga miedo del juicio que pueda hacer la escuela de sus hijos porque esto es muy importante. Un padre no puede decir "Soy yo, y sólo yo, la relación que te educa a ti". Sino que, poco a poco, debemos irles diciendo que están hechos por otras relaciones, no sólo por la relación conmigo. Su educación pasa también por la relación que tienen con sus hermanos, que es una relación fundamental en la vida porque son varios hijos los que crecen mirando al mismo padre y madre, pero de diferente manera. Cada hijo ve cosas distintas del padre y de la madre y se relaciona de manera diferente con el padre y con la madre. Y no paran de mirarse entre ellos, entre sus hermanos. Pongo algunos ejemplos. Si el primer hijo mira al padre y dice “Qué exigente que es”, después mira a la madre y dice “Bueno, ella también” y como hijo mayor dice “Qué difícil. Debo intentar yo también ser así”. Nace el segundo hijo, mira al padre, mira a la madre, mira al hermano y dice “Si tengo que ser como aquél y después de aquél como esos dos, ni de cachondeo”. Nace el tercero y dice “Como el primero, imposible porque ya es el mejor. Como el segundo difícil porque es muy transgresor. Me quedo aquí como tercero, me quedo quieto y no hago nada porque mejor no entrar en conflicto con esos dos”. Pueden ser trece, veinticinco o los que sean porque se pasarán la vida enfrentándose con sus padres y comparando su vida con sus hermanos. ¿Quién lo ha dicho que la relación entre los hijos deben ser una buena relación, deben complementarse entre ellos...? El Padre eterno también lo ha probado, ¿no? ¿Pero cómo ha terminado la primera relación entre hermanos, entre Cain y Abel? Estoy diciendo que la fraternidad, la relación entre los hermanos, es algo con lo que confrontarse, a lo que mirar, para ir creciendo con el tiempo.

Yo aconsejo a los padres, sobre todo a los que tienen muchos hijos, que cuando los niños están discutiendo y peleándose, que normalmente tienen muchos motivos para hacerlo y es muy a menudo que esto ocurra, que no hagan demasiado caso. Fíjese, en el tiempo, qué bonito cuando se dan cuenta de que su hermano es una posibilidad para él. Puede ser simplemente porque entre los hermanos deciden no decirle algo a los padres, o lo que sea. Pero esto es un camino, un entrenamiento, no pienses que es algo que se hace enseguida y se conquista rápidamente. Antes lo hablábamos con los maestros.

Nosotros queremos hijos obedientes, pero ¿cuánto tiempo se tarda en aprender a ser obediente? ¡Yo aún no lo he aprendido!

Es decir, poco a poco y con el tiempo, se va descubriendo que puede ser que el otro tiene algo, alguna propuesta que es conveniente, que me va bien, que puedo confiar en ella. Pero esto ocurre con el tiempo, no es algo rápido ni sencillo.

La primera pregunta que has dicho era sobre el sufrimiento de tus padres. El método de la vida es ayudarles a llevar todos los sufrimientos y las dificultades de la vida, no es el sufrimiento en sí el que nos da miedo de nuestro hijo y de las dificultades que vemos. No se puede querer a alguien sin aceptar que vas a sufrir. Si mis amigos están mal, esto también me interpela a mí y me hace sufrir. Es la vida. Y nosotros muchas veces quieren pasar por la vida sin hacernos daño. Y no se puede. Sobre todo porque ese límite, esa fatiga, esa dificultad, son educativas. Estas cosas son educativas. Educativo significa que saca la verdad de mí mismo.

Stefano:

Sobre todo porque nosotros tenemos esta tendencia a sacar lo malo de nosotros mismos. La tristeza, por ejemplo. O el aburrimiento, por ejemplo. Piense cuántos de nosotros tenemos hijos que están aburridos y queremos quitarles el aburrimiento. Y, por eso, nos inventamos un montón de actividades y propuestas para que los niños no se aburran. Pero nos olvidemos de que a partir de ese aburrimiento, esa falta, esa carencia, sale la oportunidad y el movimiento del niño. A partir de ahí sale. Porque una idea o una iniciativa sale de una necesidad.

Un niño, para hacerse mayor, debe realizar este trabajo de separación. Y la palabra separación en realidad no nos gusta a ninguno de nosotros, al igual que la palabra trabajo y la palabra fatiga, dificultad. Pero éste es el método de la vida, como decía antes Anna. Pero la vida cambia mucho cuando tengo a alguien al lado que me dice “mira, mira cómo lo hago yo, estamos juntos”. Por tanto, no debemos preocuparnos más de la cuenta a la hora de estar ante las dificultades y las preocupaciones de los hijos.

Un ejemplo muy sencillo de nosotros cuando hacemos reuniones y nos encontramos con los padres, nos hablan de una forma que incluye a los hijos ya ellos. Por ejemplo, hemos sacado un 4, hemos comido mucho, hemos aprobado... lo que sea. Incluso en esto se necesita una separación, es decir: ¿Quién ha sacado un 4? ¿Quién ha aprobado? Y esta separación es lo que permite vivir bien el propio camino, la propia vida de cada uno por separado.

Anna:

¿Qué es lo que nos mueve a nosotros por estar implicados en las cosas? La motivación está ligada a que lo que hago me aporte algo, me dé un cierto retorno. Por tanto, si yo hago cosas en la vida y me doy cuenta de que ese “moverme” me devuelve, me da algo

que me gratifica, entonces me muevo y voy. Pero si para moverme tengo que hacer cosas que los demás me dicen que debo hacer, pero que no me provocan una satisfacción propia, sino que encima me incomodan y me hacen sentir medido, entonces no me muevo. Por tanto, para motivar lo que debemos hacer es pedirle cosas que sabe hacer y ayudarle en las cosas que debe hacer, para que vea que puede estar contento. El motivo por el que hace las cosas va unido porque si él no ve que con esto tendrá una satisfacción y estará contento no lo hará, no tendrá esa motivación para hacerlo.

Encuentre la manera de comunicarse con sus hijos, ya que es muy bonito ser padres de los hijos que tiene. Pero no se comunique sólo cuando hacen algo bonito. No les felicite cuando hacen cosas como para agradecerles a vosotros o porque para vosotros son bonitas: “Muchas felicidades porque has sacado un 10 en este examen”. Si no hace falta comunicar que estamos contentos de ser su padre o su madre porque estar con ellos es algo muy bonito y que nos gusta, aunque nos enfademos a veces. Con todo, es hermoso ser tu padre o tu madre. Y recuerde lo que hemos dicho, que con los hijos podemos equivocarnos, de hecho nos equivocamos. Y es precisamente por eso que necesitamos ayuda, compañía, estar con los demás, acompañarnos.

Buen trabajo. Sois muy afortunados.